

canzan tanto resplandor los amadores de la vanidad, ¿qué gloria será la que en el otro mundo se reserva para los amadores de la verdad?»

Dícese que san Anselmo, arzobispo de Cantorbia (cuyo nacimiento han con extremo honrado nuestras montañas), era admirable en esta práctica de buenos pensamientos. Una liebre perseguida de los perros fué á guarecerse debajo del caballo deste santo perlado (que por entonces hacia una jornada), como á un refugio que la salvaria del inminente peligro de la muerte; y los perros, ladrando al rededor, no osaban acometer violar la inmunidad á la cual la presa habia encaminado su curso: espectáculo cierto, extraordinario, y que hacia reír todos los asistentes, mientras el gran Anselmo lloraba y gemía. «Vosotros os reis (decia), mas la pobre bestia no se rie. Los enemigos del alma, perseguida y mal guiada por diversos rodeos en mil suertes de pecados, espéranla al estrecho de la muerte para arrebatarla y tragársela; y ella, espantosa y medrosa, busca por todo socorro y refugio; y si no le halla, sus enemigos se burlan y rien.» Dicho esto, prosiguió su camino gimiendo y suspirando.

Constantino el Magno escribió con mucha reverencia á san Antonio, de que los religiosos que estaban al rededor dél se espantaron mucho; y él les dijo: «¿Cómo os espantais vosotros de que un rey escriba á un hombre? Espantáos antes de que Dios eterno ha escrito su ley á los mortales, hablándoles boca á boca, en la persona de su Hijo.»

San Francisco, viendo una sola oveja en medio una tropa de cabras, dijo á su compañero: «Mira, y ¡cuán mansa va la pobre ovejuela en medio de tantas cabras! Así iba nuestro Señor manso y humilde entre los fariseos.» Viendo otra vez un pequeñuelo corderillo, y que le comia un puerco, dijo: «¡O pobre corderillo, y cuán al vivo representas la muerte de mi Salvador!»

Aquel gran personaje de nuestra edad, Francisco de Borja, por entonces aun duque de Gandía, yendo á caza, hacia mil devotas consideraciones: «Con razon debo admirarme (decia) de ver que los halcones vuelven á la mano, se dejan cubrir los ojos y atar á la percha, y que los hombres se muestren tan ariscos á la voz de Dios.» El gran san Basilio dice que la rosa entre las espinas da á entender á los hombres lo siguiente: «Lo que es más agradable en este mundo, ó mortales, está mezclado de tristeza; no hay cosa pura: el pesar sigue siempre á la alegría, la viudez al casamiento, el cuidado á la fertilidad, la ignominia á la gloria, (1) el gusto á la honra, el disgusto á los regalos, y la enfermedad á la salud. Es una hermosa flor (dice este santo) la rosa, pero cáusame una gran tristeza, advirtiéndome de mi pecado, por el cual la tierra ha sido condenada á traer espinas.» Mirando una alma devota un arroyo, y viendo en él representado el cielo con sus estrellas en una noche serena, dijo: «¡O Dios mio! estas mismas estrellas estarán debajo de mis piés cuando tú, Señor, me alojes en tus santos tabernáculos; y como las estrellas del cielo son representadas en la tierra, así los hombres de la tierra son representados en el cielo en la viva fuente de la caridad divina.» Viendo otro un rio ondear y levantar

(1) el gusto (Edición original.)

olas, dijo así: «Mi alma no tendrá jamás reposo, hasta que se vea anegada en el mar de la divinidad, que es su origen.» Y santa Francisca considerando un agradable arroyo, á cuya orilla estaba arrodillada para hacer oracion, fué arrebatada en éxtasis, repitiendo muchas veces estas palabras en baja voz: «La gracia de mi Dios camina y se extiende con tanta dulzura como este pequeño arroyuelo.» Otro, viendo los árboles floridos, suspiraba, diciendo: «¿Por qué yo solo estoy sin flor en el jardín de la Iglesia?» Otro, viendo unos pequeños polluelos abrigados de las alas de la madre, «¡O Señor! (dijo) conservadnos debajo de la sombra de vuestras alas.» Otro, viendo el tornasol (a), dijo: «¿Cuándo será el tiempo, Dios mio, que seguirá mi alma las atracciones de tu bondad?» Y viendo otro en un jardín la flor que llaman pensamientos (b), hermosa á la vista, pero sin olor ninguno, repetia diciendo: «¡Ay de mí! tales son mis pensamientos; hermosos para dichos, mas sin efecto ni produccion.»

Ves aquí, Filotea, cómo se sacan los buenos pensamientos y santas aspiraciones de aquello que se presenta en la variedad desta vida mortal. Desventurados son aquellos que desvian las criaturas de su Criador para allegarlos al pecado; y dichosos aquellos que las atraen á la gloria de su Criador, y emplean su vanidad en honra de la Verdad: «Cierto (dice san Gregorio Nazianceno), yo he acostumbrado traer todas las cosas á mi provecho espiritual.» Lee el devoto epitafio que san Jerónimo hizo á santa Paula, porque es un gran consuelo ver cuán sembrado está de aspiraciones y contemplaciones sagradas, de las cuales usaba ella en cualquier suerte de ocasiones.

En este ejercicio del retrete espiritual y de las oraciones jaculatorias se funda la grande obra de la devocion. Puede suplir la falta de todas las otras oraciones; pero la suya casi no puede ser reparada por ningun otro medio. Sin este ejercicio no se puede usar bien de la vida contemplativa; y aun no podria, sino mal, ejercerse la vida activa. (2) Sin él el reposo no es sino ociosidad, y el trabajo, congojoso aprieto. Por esto pues procuro persuadirte le abrace con todo tu corazon, sin que jamás te apartes dél.

#### CAPITULO XIV.

De la santísima misa, y cómo se ha de oír.

1. Aun no te he hablado, mi Filotea, hasta ahora del sol de los ejercicios espirituales, que es el santísimo, sagrado y soberano sacrificio y sacramento de la misa, centro de la religion cristiana, corazon de la devocion, alma de la piedad, misterio inefable, que comprehende el abismo de la caridad divina; y por el cual Dios, aplicándose realmente á nosotros, nos comunica magníficamente sus gracias y favores.

2. La oracion que se hace en la union deste divino sacrificio tiene una fuerza indicible; de suerte, Filotea, que por él abunda el alma de celestes favores, como apoyada en su verdadero bien: el cual la hinche de manera de olor y suavidad espiritual, que parece una columna de humo de madera aromática, de mirra,

(a) Girasol.

(b) Violetas, enmienda sin algun tino Cubillas.

(2) Sin el reposo (Edición original.)

de encienso, y de todos los polvos odoríferos, como se dice en los Cánticos.

3. Procura pues con todas veras hallarte todos los dias en la santa misa, para ofrecer, juntamente con el sacerdote, tu Redentor á su santo Padre por tí y por toda la Iglesia. Hállanse siempre los ángeles presentes en gran número (como dice san Juan Crisóstomo) para honrar este santo misterio; y hallándonos nosotros con ellos, y con una misma intencion, no podemos dejar de recibir muchas influencias propicias por medio de tal compañía. Los corazones de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante se vienen á atar y juntar á nuestro Señor en esta divina accion, para que con él, en él y por él arrebatemos el corazon de Dios Padre, haciendo su misericordia muy de nuestra parte. ¡Qué dicha tiene un alma en contribuir devotamente sus aficiones y deseos por un bien tan precioso y digno de desear!

4. Si por alguna forzosa ocupacion no pudieses hallarte presente á la celebracion deste soberano sacrificio, á lo menos será necesario asista tu corazon con una espiritual presencia. A cualquier hora pues de la mañana irás en espíritu, si no pudieses de otra manera, á la Iglesia, y unirás tu intencion á la de todos los cristianos, y harás las mismas acciones interiores en el lugar donde estuvieres; que hicieras si estuvieras realmente presente al oficio de la santa misa en alguna iglesia.

5. Para oír, ó realmente ó mentalmente la santa Misa como conviene:

1. Desde el principio (a) hasta que el sacerdote se haya llegado al altar, harás con él la preparacion; la cual consiste en ponerse en la presencia de Dios, conocer tu indignidad y pedir perdon de tus faltas.

2. Desde que el sacerdote está en el altar hasta el evangelio considera la venida y vida de nuestro Señor en este mundo, con una simple y general consideracion.

3. Despues del evangelio hasta despues del *Credo* considera la predicacion de nuestro Salvador, protesta de querer vivir y morir en la fe y obediencia de la santa palabra, y en la union de la santa Iglesia católica.

4. Despues del *Credo* hasta el *Pater noster* aplica tu corazon á los misterios de la muerte y pasion de nuestro Redentor, que son actualmente y esencialmente representados en este santo sacrificio; el cual, con el sacerdote y demás pueblo, ofrecerás á Dios Padre, á honor suyo y por tu salud.

5. Despues del *Pater noster* hasta la comunión procura levantar en tu corazon mil deseos, pidiendo en ellos el estar para siempre junta y unida á tu Salvador por amor eterno.

6. Despues de la comunión hasta el fin da gracias á su divina Majestad por su encarnacion, por su vida, por su muerte, por su pasion, y por el amor que nos asegura en este santo sacrificio; pidiéndole por él te sea siempre propicio á tus parientes, á tus amigos y á toda la Iglesia. Y humillándote de todo tu corazon, recibirás devotamente la bendicion divina que nuestro Señor te da por mano de su sacerdote.

(a) Esto es, desde que el sacerdote comienza á revestirse, hasta que sale.

Pero, si quisieres durante la misa hacer tu meditacion sobre los misterios que vas continuando de dia en dia, no será menester que te diviertas en estas particulares acciones; antes bastará que al principio endereces tu intencion á adorar y ofrecer este santo sacrificio por medio del ejercicio de tu meditacion y oracion; pues en toda meditacion se hallan las acciones arriba dichas, ó expresa ó tácitamente ó en virtud.

#### CAPITULO XV.

De los otros ejercicios públicos y comunes.

Fuera desto, Filotea, es menester hallarse las fiestas y domingos al oficio de horas y vísperas, mientras te dieren lugar tus obligaciones, porque estos dias son dedicados á Dios, y conviene en ellos mostrar más acciones de virtud á honra y gloria suya. Sentirás mil dulzuras de devocion por este medio, como hacia san Agustin; el cual nos muestra en sus *Confesiones* que oyendo los oficios divinos al principio de su conversion, su corazon se deshacia en suavidad y sus ojos en lágrimas de piedad. Y es cierto (y esto quede dicho para adelante) que encierran siempre mayor bien y consuelo los oficios públicos de la Iglesia que no las acciones particulares, por cuanto ha Dios ordenado que la comunión (1) se prefiera á toda suerte de particularidad.

Entra de buena gana en las cofradías del lugar donde resides, y particularmente en aquellas cuyos ejercicios traen más fruto y edificacion, porque en esto mostrarás una suerte de obediencia muy agradable á Dios; que aunque las cofradías no son expresamente mandadas, son, con todo eso, encomendadas por la Iglesia, la cual para mostrar que desea que muchos entren en ellas, da indulgencias y otros privilegios á los cofrades. Fuera desto, es siempre una obra de mucha caridad el concurrir con muchos y cooperar con ellos por sus buenos desinios. Y aunque puede acaecer usar de tan buenos ejercicios retiradamente como se usan en las cofradías en comun, y que podria ser se gustase más de usallos en particular; con todo eso, Dios es más glorificado en la union y contribucion que le hacemos de nuestras buenas obras con nuestros hermanos y prójimos.

Lo mismo digo de todas suertes de oraciones y devociones públicas, á las cuales debemos, cuanto nos sea posible, mostrar buen ejemplo para la edificacion del prójimo y particular nuestro, encaminado todo á la gloria de Dios y intencion comun.

#### CAPITULO XVI.

Que se han de honrar y invocar los santos.

Pues nos envia Dios tan á menudo las inspiraciones por sus ángeles, tambien debemos nosotros, y por el mismo medio, enviar al cielo nuestras inspiraciones. Las santas almas de los difuntos que están en el paraíso con los ángeles, y como dice nuestro Señor, iguales y parejos á los ángeles, hacen tambien el mismo oficio de inspirar en nosotros y aspirar por nosotros mediante sus santas oraciones.

(1) prefiera (Edición original.)

Filotea mía, juntemos pues nuestros corazones á estos celestes espíritus y dichosas almas; porque así como los pequeños ruisiñores aprenden á cantar con los grandes, así por el santo comercio que harémos con los santos, sabrémos mejor rezar y cantar las alabanzas divinas: «Yo diré el psalmo (decía David) á la vista de los ángeles.»

Honra, reverencia y respeta con un especial amor la sagrada y gloriosa virgen María, que pues es madre de nuestro soberano Padre, por consiguiente será nuestra abuela. Valgámonos pues della, y como hijos suyos, arrojémos en su regazo con una confianza perfecta; á cualquiera hora y en cualquier ocurrencia invoquemos esta dulce y piadosa madre, invoquemos su amor maternal y procuremos imitar sus virtudes: sea para con ella siempre nuestro corazón como el de un hijo para con su madre. Hazte muy familiar con los ángeles, míralos á menudo invisiblemente presentes á tu vida, y sobre todo, ama y reverencia el de tu obispado, al cual estás encomendada; también los de las personas con quien vives, y especialmente el tuyo; suplicálos á menudo, alábalos de ordinario, y pídeles su ayuda y socorro en todos tus negocios, sean espirituales ó temporales, para que cooperen en tus santas intenciones.

El gran Pedro Fabro, primer sacerdote, primer predicador, primer lector de teología de la santa Compañía del nombre de Jesús, y primer compañero del beato Ignacio, fundador della, viniendo un día de Alemania, donde había hecho grandes servicios á honra y gloria de nuestro Señor, y pasando á este obispado (lugar de su nacimiento), contaba que habiendo pasado muchos lugares de herejes, había recibido mil consuelos saludando luego que llegaba á cada parroquia, á los ángeles protectores dellas; en los cuales había conocido sensiblemente haberle sido propicios, así para librarle de las emboscadas de los herejes, como para darle muchas almas blandas y dóciles á recibir la saludable doctrina. Y decía esto con tanto espíritu, que una mujer de calidad, entonces moza, habiéndolo oído de su misma boca, lo contaba no há sino cuatro años (esto se entiende más de sesenta años despues) con un extremo sentimiento. El año pasado recibí no pequeño consuelo consagrando un altar en el mismo lugar y puesto donde fué Dios servido naciese este grande varón, que fué en Villaret, aldea pequeña entre nuestras más ásperas montañas.

Escoge algunos santos particulares, cuya vida puedas mejor gustar y imitar, teniendo en su intercesión una particular confianza. El de tu nombre ya se te señaló desde tu bautismo.

#### CAPITULO XVII.

Cómo se ha de oír y leer la palabra de Dios.

Sé devota de la palabra de Dios, sea escuchándola en discursos familiares con tus amigos espirituales, ó bien oyéndola en el sermón. Oyela siempre con atención y reverencia; aprovéchate bien della, y no permitas que se te caiga en tierra; antes la recibe como un precioso bálsamo, dentro de tu corazón, á imitación de la santísima Virgen, que conservaba en él cuidadosamente todas las palabras que decía su precioso Hijo. Y acuérdate que nuestro Señor recoge las palabras

que le decimos en nuestras oraciones, á medida de como recogemos las que él nos dice en la predicación.

Ten siempre á mano algun buen libro de devoción, como son los de san Buenaventura, de Gerson, de Dionisio cartujano, de Luis Blosio, de fray Luis de Granada, de Stela, de Arias, (1) de Pinelo, de Ávila, el *Combate espiritual*, las *Confesiones* de san Agustín, las *Epistolas* de san Jerónimo, y otros semejantes; y lee cada día un poco con grande devoción, como si leyese cartas misivas que los santos te hubieran enviado del cielo para mostrarte su camino y darte ánimo de ir allá. Lee también las historias de las vidas de los santos, en las cuales, como en un espejo, verás el retrato de la vida cristiana, y acomoda sus acciones á tu provecho segun tu manera de vivir; porque, aunque es verdad que muchas acciones de santos no son absolutamente imitables por los que viven en medio del mundo, con todo eso, pueden todas ser seguidas ó de cerca ó de lejos. La soledad de san Pablo, primer ermitaño, es imitada en tus retiradas espirituales y reales, de las cuales hablarémos y habemos hablado; la extrema pobreza de san Francisco, por la práctica de la pobreza, de que adelante tratarémos; y así en lo demás. Es verdad que hay ciertas historias que nos dan más luz que otras para conducir nuestra vida, como la de la bienaventurada madre Teresa, la cual es admirable á este fin; las vidas de los primeros jesuitas, la del bienaventurado cardenal Borromeo, de san Luis, de san Bernardo, las corónicas de san Francisco, y otras semejantes. Hay otras donde hay más sujeto de admiración que de imitación, como la de santa María Egipcíaca, de san Simón Stilitis, de las dos santas Catalina de Sena y de (2) Génova, de santa Angela, y otras tales, las cuales no dejan por eso de darnos un grande y general gusto del santo amor de Dios.

#### CAPITULO XVIII.

Cómo se han de recibir las inspiraciones.

Llamamos inspiraciones todos los atraimientos, movimientos, contradicciones, remordimientos interiores, luz y conocimiento que Dios obra en nosotros, previniendo nuestro corazón en su bendición por su santo y paternal amor, para despertarnos, excitarnos, impelernos y acercarnos á las santas virtudes, al amor celeste, á las buenas resoluciones, y en suma, á todo aquello que nos encamina á nuestro bien eterno. Esto es lo que el esposo llama tocar á la puerta y hablar al corazón de su esposa, despertarla cuando duerme, gritarla cuando está ausente, convidarla á su dulzura y á coger manzanas y flores en su jardín, y á cantar y hacer resonar su dulce voz en sus orejas.

Usaré de una similitud para mejor hacerme entender. Para la entera resolución de un casamiento deben intervenir tres acciones cuanto á la mujer que quieren casar; porque lo primero la proponen (3) la parte, lo segundo agradece la proposición, y lo tercero consiente. Así Dios, queriendo hacer en nosotros, por nosotros ó con nosotros alguna acción de grande caridad, lo primero nos la propone por su inspiración, lo segundo la agradecemos, y en fin, en tercer lugar con-

(1) de Pinelli, de du Pont, d'Ávila, (Ejemplar francés.)

(2) Genes, (Edición original.)

(3) el intento, (C-D.)

sentimos; porque, así como para bajar al pecado hay tres gradas: la tentación, la delectación y el consentimiento;— así hay también tres para subir á la virtud: la inspiración, que es contraria á la tentación; la delectación en la inspiración, que es contraria á la delectación en la tentación; y el consentimiento á la inspiración, que es contrario al consentimiento en la tentación.

Cuando la inspiración durase todo el tiempo de nuestra vida, no por eso seríamos de ninguna manera agradables á Dios no tomando gusto en ella; antes su divina Majestad estaría ofendida, como lo estuvo de los israelitas cuando estuvo con ellos cuarenta años (como él mismo lo dice) solicitándolos á convertirse, sin que jamás quisiesen entenderle; causa por qué, movida su ira contra ellos, juró que jamás entrarían en reposo. También el galán que hubiese largo tiempo servido una dama se hallaría muy desobligado si despues de tantos servicios no quisiese ella de ninguna manera oír tratar del casamiento.

El gusto que se recibe en las inspiraciones es una gran guía á la gloria de Dios, comenzando ya con él á agradar á su divina Majestad; porque aunque este deleite no es aun un entero consentimiento, es una cierta disposición que camina á él; y si es una buena señal y cosa muy útil el oír con gusto la palabra de Dios, que es como una inspiración exterior, también es bonísimo y agradable á Dios el recibir gusto en la inspiración interior. Este gusto y placer es del cual hablando la esposa sagrada, dice así: «Mi alma se ha deshecho de placer cuando mi bien amado habló.»

También el galán está contento con la dama que sirve, y se siente favorecido viendo que la son sus finezas agradables y bien recibidas.

Mas en fin el consentimiento es el que acaba el acto virtuoso; porque si siendo inspirados y habiéndonos agrada la inspiración, no obstante esto rehusamos el consentimiento á Dios, somos por extremo desconocidos y ofendemos grandemente á su divina Majestad, porque parece que en esto mostramos un grande menosprecio. Esto fué lo que sucedió á la esposa; porque, aunque la dulce voz de su bien amado la tocó el corazón con una santa alegría, no por eso ella le abría la puerta, sino antes se excusó con una excusa muy frívola; de lo cual el esposo justamente indignado, pasó adelante y la dejó. También el galán que despues de haber mucho tiempo requerido la dama y haberle mostrado estima y agradecimiento á sus servicios, y que al fin se viese despedido y menospreciado, con más justa razón tendría sujeto de quejarse, que si sus servicios no hubieran sido agradables ni favorecidos. Resuélvete pues, Filotea, de acéjar de corazón todas las inspiraciones que será Dios servido de hacerte; y cuando llegaren, recíbelas como á embajadores del Rey celestial, que desea tratar contigo casamiento. Oye con apacibilidad sus proposiciones, considera el amor con el cual eres inspirada, y estima y acaricia la santa inspiración.

Consiente, pero con un consentimiento cumplido, amoroso y constante, la santa inspiración; porque desta manera Dios, á quien no puedes obligar, se tendrá por muy obligado á tu afición. Pero antes de consentir en las inspiraciones de las cosas importantes ó extraordinarias, para no ser engañada, aconséjate siempre con tu guía y padre espiritual, para que examine

si la inspiración es verdadera ó falsa; por cuanto el enemigo, viendo un alma pronta á consentir en las inspiraciones, la propone muchas veces las que son falsas, para engañarla; lo cual no puede jamás hacer mientras que con una perfecta humildad obedeciere á su conductor.

Habiendo dado el consentimiento, es menester con un gran cuidado procurar los efectos, y venir á la ejecución de la inspiración, que es el colmo de la verdadera virtud; porque tener el consentimiento dentro del corazón, sin venir á su efecto, sería como plantar una viña sin querer que llevase fruto.

A todo esto sirve maravillosamente el bien practicar el ejercicio de la mañana y las retiradas espirituales, de que ya se ha tratado; porque por este medio nos preparamos á hacer el bien con una preparación, no solo general, sino también particular.

#### CAPITULO XIX.

De la santa confesión.

Nuestro Salvador ha dejado á su Iglesia el sacramento de penitencia y confesión, para que en él nos lavemos de todas nuestras iniquidades todas y cuantas veces nos halláremos sucios. No permitas pues, Filotea, que tu corazón quede mucho tiempo infectado del pecado, pues tienes un remedio tan fácil. La leona que se dejó cubrir del leopardo, va corriendo á lavarse y limpiarse del hedor que despues del acto siente; y esto, porque viniendo despues el león, no se irrite. El alma que ha consentido el pecado debe tener asco de sí misma, y limpiarse lo más presto que pueda, por el respeto que debe tener á los ojos de su divina Majestad, que la está mirando. ¿Por qué morirémos pues nosotros de muerte espiritual, teniendo un remedio tan soberano?

Confésate humilde y devotamente cada ocho días, y siempre (si pudieras) cuando comulgares, aunque no sientas en tu conciencia ningún rastro de pecado mortal; porque por la confesión no solo recibirás absolución de los pecados veniales que confesarás, sino también una gran fuerza para evitarlos de adelante, una gran luz para bien discernirlos, y una gracia abundante para borrar toda la pérdida y daño que te habían traído. Platicarás así la virtud de humildad, de obediencia, de simplicidad y de caridad; y en sola esta acción de confesión ejercitarás más virtud que en ninguna otra.

Ten siempre un verdadero disgusto de los pecados que confesares, por pequeños que sean, con una firme resolución de corregirte adelante. Muchos confesándose (por costumbre) de los pecados veniales, ó como por manera de curiosidad, sin pensar de ninguna manera en el corregirse, se quedan toda su vida cargados; y por este camino pierden muchos bienes y provechos espirituales. Si te confesares pues de haber mentido, aunque sin causar daño, ó de haber dicho alguna palabra desreglada ó de haber jugado, arrepíentete y ten firme propósito de enmendarte; porque es manifiesto engaño el confesarse de cualquier suerte de pecado, sea mortal ó sea venial, sin querer purgarse dél; pues la confesión no se instituyó sino á este fin.

(1)

(1) No hagas solamente estas acusaciones supérfluas, que muchos hacen por costumbre, diciendo: No he amado á Dios como

No te contentes con decir tus pecados veniales cuanto á la obra, sino acúsate del motivo que te ha inducido á cometerlos. Por ejemplo: no te contentes con decir que has mentido sin ofender persona, sino también si ha sido ó por vanagloria, alabándote ó excusándote, ó por vana alegría ó por obstinación. Si hubieres pecado en el juego, acúsate si ha sido por la codicia de la ganancia ó por el placer de la conversacion; y así en los otros. Di también si te has detenido mucho en tú mal, por cuanto con el largo espacio del tiempo crece mucho ordinariamente el pecado; porque hay mucha diferencia de una vanidad pasajera, que habrá ocupado nuestro espíritu un cuarto de hora, á otra en la cual se haya detenido nuestro corazón un día, dos ó tres, etc. Menester es pues decir la obra, el motivo y el espacio de tiempo de nuestros pecados; porque, aunque comunmente no haya obligación de tanta puntualidad en la declaración de los pecados veniales, y que de la misma manera no sea preciso el confesarlos,—con todo eso, los que quieren bien apurar y limpiar sus almas, para mejor alcanzar la santa devoción, debrian con mucho cuidado mostrar al médico espiritual el mal, por pequeño que sea, del cual quieren ser sanos.

No dejes de decir lo que se requiere para dar bien á entender la calidad de tu ofensa, como el sujeto que has tenido de encolerizarte ó de sufrir á alguno en su vicio. Por ejemplo: un hombre, el cual me desagradó, me dirá alguna palabra ligera y de risa; yo lo tomaré á mala parte y me irritaré á cólera. Y si otro, que me es agradable, me dice cosa mucho más digna de enojo, no por eso lo siento, sino antes me causa risa. Entonces diré á mi confesor: «Yo me he arrojado á decir palabras enojosas á una persona, habiendo tomado á mala parte cierta cosa que me dijo; y esto no por la calidad de las palabras, sino por serme la tal persona enfadosa y desagradable.» Y si fuese menester particularizar las palabras para mejor declararte, pienso que sería bueno decir las: porque acusándose desta manera simple y llanamente, no solo se descubren los pecados hechos, pero también las malas inclinaciones, costumbres, hábitos y otras raíces del pecado; con lo cual el confesor recibe un más entero conocimiento del corazón que trata y de los remedios que le serán propios. Es menester después desto no declarar nunca el tercero que ha-

debo, no he rezado con tanta devoción como debía, no he amado á mi prójimo cuanto convenia, no he recibido los sacramentos con la reverencia necesaria; y otras semejantes. La razón es, porque diciendo esto, no te acusas de cosa particular, que pueda dar á entender al confesor el estado de tu conciencia, porque todos los santos del cielo y todos los hombres de la tierra pudieran decir lo mismo si se confesaran. Mira pues por qué causa particular haces estas acusaciones, y en hallándola, acúsate del defecto que has cometido, simple é ingenuamente. Pongo por ejemplo: tú te acusas de no haber amado al prójimo como debías; esto pudo ser así, porque habiendo visto algún pobre muy necesitado, al cual pudieras fácilmente socorrer y consolar, no tuviste cuidado de eso. Acúsate pues de esta particularidad, y di: Habiendo visto un pobre necesitado, no le socorrí como podía, por negligencia, ó por dureza de corazón, ó por menosprecio, según conocieres la ocasión de esta falta. De la misma manera no te acuses de no haber rezado con la devoción que debes; pero si has tenido rezando distracciones voluntarias, ó por negligencia has dejado de tomar el lugar, el tiempo y la postura necesaria para tener atención en el rezo, acúsate de todo simplemente, según hallares haber faltado, sin alegar esta generalidad, que ni enfria ni calienta en la confesión. (C-D.)

brá cooperado en tu pecado, y esto cuanto te sea posible.

Repara en una cantidad de pecados que viven y reinan muy á menudo en la conciencia, para que te puedas limpiar dellos; y á este efecto lee con atención el capítulo sexto, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta y cinco y treinta y seis de la tercera parte y el capítulo octavo de la cuarta parte.

No mudes fácilmente de confesor; sino en escogiendo uno, continúes en darle cuenta de tu conciencia en los días señalados para esto, diciéndole desnudamente los pecados que hubieres cometido; y de tiempo en tiempo, como digamos de mes á mes, ó de dos en dos meses. Dile también el estado de tus inclinaciones, aunque por ellas no hayas pecado, como si te hallas atormentado de tristeza, de congoja; si te dejas llevar á la demasiada alegría y deseo de adquirir hacienda, y semejantes inclinaciones.

#### CAPITULO XX.

De la frecuente comunión.

Dicen que Mitridates, rey de Ponto, habiendo inventado el mitridático, reforzó con él de manera su cuerpo, que procurando después con muchas veras emponzoñarse (por no sujetarse al romano yugo), jamás le fué posible.

El Salvador ha instituido el sacramento de la Eucaristía, que contiene realmente su carne y su sangre, para que quien le come viva eternamente. Por esto cualquiera que le usa á menudo y con devoción fortalece de manera la salud y la vida de su alma, que es casi imposible sea emponzoñado de ninguna suerte de mala afición ó depravado intento. No podemos ser sustentados desta carne de vida y vivir de aficiones y deseos de muerte. Así como los hombres, viviendo en el paraíso terrestre, no podían morir según el cuerpo, por la fuerza de aquel fruto vital que Dios había puesto en él; así pueden también no morir espiritualmente, por la virtud deste sacramento de vida: que si las frutas más tiernas y sujetas á corrupción, como son las cerezas, los albricoques y las fresas, se conservan fácilmente todo el año estando en conserva de azúcar ó miel, no es de maravillar si nuestros corazones, aunque frágiles y débiles, se preservan de la corrupción del pecado, estando en el dulce azúcar y miel de la incorruptible carne y sangre del Hijo de Dios. O Filotea, los cristianos que se condenarán, se hallarán sin réplica cuando el justo Juez les mostrará cuán sin razón murieron espiritualmente, siéndoles tan fácil el mantenerse en vida y salud por el alimento de su cuerpo, el cual les dejó á este fin. «Miserables (dirá), ¿por qué os habeis muerto, teniendo á vuestro mandado el fruto y la vianda de vida?»

El recibir la comunión de la Eucaristía todos los días, ni yo lo alabo, ni tampoco lo vitupero; mas el comulgarse todos los domingos, yo lo exhorto y aconsejo á cualquiera: y esto se entiende llegando á tener el espíritu sin ninguna gana y afición de pecar. Estas son las propias palabras de san Agustín, con el cual ni vitupero ni alabo absolutamente el comulgarse cada día, sino antes de esto á la discreción del padre espiritual del que se querrá resolver sobre este punto; porque la

disposición necesaria para una tan frecuente comunión, antes de ser muy exquisita, no es bien ni se puede aconsejar generalmente; y por cuanto esta disposición, aunque exquisita, se puede hallar en muchas buenas almas, tampoco se puede divertir ni disuadir en general, antes esto se debe tratar por la consideración del estado interior de cada uno en particular. Imprudencia sería el aconsejar indistintamente á todos este tan frecuente uso; pero también sería imprudencia el injuriar por usarle á alguno, y más cuando sigue el aviso ó parecer de su confesor. La respuesta de santa Catalina de Sena fué graciosa, cuando diciéndola (por verla comulgar tan á menudo) que san Agustín no alababa ni vituperaba el comulgarse todos los días, respondió: «Pues san Agustín no lo vitupera, ruégoo no lo vitupereis vosotros tampoco, y con eso estaré contenta.»

(1)

Hallarás con todo esto otros muchos legítimos embarazos, no de tu parte, sino de aquellos con quien tratas y vives, que darán ocasión á tu confesor para que te diga no comulgues tan á menudo. Por ejemplo: si tú te hallas debajo de alguna sujeción, y que aquellos á quien debes la obediencia y reverencia son tan mal instruidos y sospechosos, que se inquietan y alborotan en verte comulgar tan á menudo; por ventura, considerado bien, será lo mejor condescender con su gusto, y no comulgarse sino de quince en quince días, entendiendo esto en caso que no se pueda de ninguna manera vencer la dificultad. No se puede quitar esto en general; solo se ha de hacer lo que el confesor aconsejare. Bien es verdad que puedo asegurar que la mayor distancia de las comuniones es la de mes á mes entre los que quieren servir á Dios devotamente.

Si fueres prudente, no hay ni padre ni madre que puedan estorbarte el comulgar á menudo; y esto porque el día de tu comunión no por eso te olvidas del cuidado ordinario de tus obligaciones según tu estado, mostrándote antes más apacible y afable con tus padres, superiores ó amos, no rehusándoles ninguna suerte de justa petición que te hagan. Con lo cual, no hay apariencia de que quieras apartarte de ejercicio tan virtuoso, viendo que no les trae ninguna incomodidad; sino es que fuesen de un natural por extremo áspero y poco llegado á razón; y en este caso (como ya te he dicho) aconsejaráste siempre con tu padre espiritual, tomando tu resolución de la que él te diere.

Habré de decir una palabra á los casados. Hallaba Dios malo en la ley vieja que los acreedores pidiesen lo que se les debía en los días de fiesta; pero no hallaba malo que los deudores pagasen y volviesen lo que debían á sus acreedores. Cosa es indecente (aunque no gran pecado) el solicitar la paga de la deuda nupcial el día que se comulga, pero no es cosa mal sonante, antes meritoria el cumplirla; y así por esto, ninguno debe dejar de comulgar porque rinda la paga de la tal

(1) Pero Filotea, ya ves que san Agustín exhorta y aconseja mucho que se comulge todos los domingos; hazlo así mientras te fuere posible. Y pues, como he presupuesto, tú no tienes suerte alguna de afición al pecado mortal, ni de inclinación al venial, vienes á estar en la verdadera disposición que san Agustín requiere; y aun es más excelente, pues no solamente no tienes afición á pecar, pero ni tampoco inclinación al pecado. Y así, cuando le pareciere á tu padre espiritual, podrás útilmente comulgar con mas frecuencia que todos los domingos. (C-D.)

deuda, si la devoción le provoca á este justo deseo. En la primera iglesia los cristianos comulgaban todos los días, aunque fuesen casados y benditos de la generación de los hijos. Por esto pues he dicho que la frecuente comunión no traerá ninguna suerte de incomodidad ni á los padres ni á las mujeres ni á los maridos, con que el alma que comulga sea prudente y discreta.

Cuanto á las enfermedades corporales no hay ninguna que pueda estorbar legítimamente esta santa participación, sino es la que muy de ordinario provoca al vómito.

Para comulgarse cada ocho días conviene no tener ni pecado mortal ni ninguna afición al pecado venial, y tener un gran deseo de la comunión; mas para la continuación de cada día es menester, además desto, haber rendido la mayor parte de las malas inclinaciones, y que esto sea (como tengo dicho) por el aviso del padre espiritual.

#### CAPITULO XXI.

Cómo se ha de comulgar.

Comienza la noche precedente á prepararte á la santa comunión por diversas aspiraciones y salidas de amor, retirándote un poco más temprano, para que así te puedas levantar más de mañana; y si despertares en la noche, hinche luego tu corazón y tu boca de algunas palabras de adoración, por cuyo medio tu alma quede perfumada para recibir el Esposo, el cual, velando mientras tú duermes, se prepara á traerte mil gracias y favores, si es que de tu parte estás dispuesta á recibirlos. Levántate á la mañana con grande alegría por la buena suerte que esperas; y habiéndote confesado, vé con gran confianza y una grande humildad á recibir esta vianda celeste, la cual te alimenta á la inmortalidad. Y después que habrás dicho las palabras sagradas: «Señor, no soy digna,» no muevas más tu cabeza ni tus labios, sea para rezar ó sea para suspirar; sino abriendo mansa y medianamente tu boca, y levantando tu cabeza lo necesario para que el sacerdote vea lo que hace, recibe llena de fe, esperanza y caridad Aquel el cual, al cual, por el cual y para el cual tú crees, esperas y amas. ¡O Filotea! que como la abeja, habiendo recogido sobre las flores el rocío del cielo y el zumo más exquisito de la tierra, y habiéndolo reducido á miel, lo lleva á su colmena; así el sacerdote, habiendo recogido sobre el altar el Salvador del mundo (verdadero Hijo de Dios, que como un rocío descendió del cielo, y verdadero hijo de la Virgen, que como flor salió de la tierra de nuestra humanidad), lo vuelve en vianda de suavidad dentro de tu boca y dentro de tu cuerpo.

Habiéndole pues recibido, excitarás tu corazón á que rinda las debidas parias á este Rey de salud, tratando con él de tus negocios interiores; considerarásle dentro de tí, donde se puso por tu buena suerte; harásle, en fin, todo el mejor acogimiento que te será posible, portándote de suerte que se conozca en todas tus acciones que Dios está contigo.

Cuando no pudieres gozar este bien de comulgarte realmente en la santa Misa, comúlgate á lo menos de corazón y de espíritu, uniéndote por un ardiente deseo á esta carne vivificante del Salvador.

Tu principal intención en la comunión debe ser el

adelantarte, fortificarte y consolarte en el amor de Dios, porque debes recibir por amor lo que el solo amor te hace dar. No puede el Salvador ser considerado en una accion más amorosa ni más tierna que esta, en la cual se aniquila (por manera de decir) y se reduce á vianda, para penetrar nuestras almas y unirse íntimamente al corazón y cuerpo de sus fieles.

Si los mundanos te preguntan por qué comulgastan á menudo, respóndeles que es por aprender á amar á Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por librarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones, por fortificarte en tus flaquezas. Diles que dos suertes de gentes deben comulgar á menudo: los perfectos, porque hallándose bien dispuestos, harían muy mal de no llegarse al manantial y fuente de perfeccion; y los imperfectos, para poder justamente pretender la perfeccion; los fuertes para que no se debiliten, y los débiles para que se fortifiquen; los enfermos para que sanen, y los sanos para que no enfermen; y que cuanto á tí, como imperfecta, débil y enferma, has menester co-

municarte á menudo con quien es tu perfeccion, tu fuerza y tu médico. Diles que los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar á menudo, por cuanto tienen la comodidad; y los que tienen muchos negocios del mundo, porque tienen necesidad; y que aquel que trabaja mucho y está cargado de penas, debe tambien comer viandas sólidas y á menudo. Diles que recibes el Santísimo Sacramento para aprender á bien recibirle; porque es casi imposible el hacer bien una accion, no habiéndola ejercitado muchas veces.

Comúlgate á menudo, Filotea, y lo más á menudo que pudieres, con el aviso y parecer de tu padre espiritual; y créeme, que las liebres en invierno y en medio de nuestras montañas se vuelven blancas; y esto porque no beben ni comen sino sola nieve. Y á fuerza de adorar y comer la hermosura, la bondad y la pureza misma en este divino Sacramento, tú tambien te volverás perfectamente hermosa, perfectamente buena y perfectamente pura.

### TERCERA PARTE DE LA INTRODUCCION,

EN LA CUAL SE CONTIENEN MUCHOS AVISOS NECESARIOS AL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

#### CAPITULO PRIMERO.

De la eleccion que se debe hacer quanto al ejercicio de las virtudes.

El rey de las abejas no se sienta en los campos si no está rodeado de todo su pequeño pueblo. Así la caridad no entra jamás en un corazón que no aloje consigo todo el acompañamiento de las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en obra, como hace un capitán á sus soldados; pero no las ejercita todas de una vez ni igualmente, ni en todos tiempos ni en todos lugares. El justo es como el árbol que está plantado sobre la corriente de las aguas, el cual da su fruto á su tiempo, por cuanto la caridad, regando un alma, produce en ella las obras virtuosas, cada una en su sazón. La música (aunque en sí tan agradable) es importuna y enfadosa en un luto ó entierro, dice el proverbio. Es una gran falta en muchos, que aplicándose al ejercicio de alguna virtud particular, porfian en cualquier tiempo y ocasion que las acciones no salgan nada de aquello que desean, como aquellos antiguos filósofos, que siempre lloraban ó siempre reían; y aun hacen peor cuando menosprecian y censuran á los que como ellos no ejercitan siempre estas mismas virtudes. «Es menester alegrarse con los alegres y llorar con los que lloran (dice el Apóstol), y la caridad es paciente, benigna, liberal, prudente y condescendiente.»

De la misma manera hay virtudes cuyo uso ha de ser casi universal, y que no solamente deben ejercerse sus acciones aparte, sino antes tomar sus calidades y acciones de todas las otras virtudes. No siempre se ofrece ocasion de practicar la fuerza, la magnanimidad, la magnificencia; pero la apacibilidad, la templanza, la honestidad y la humildad son ciertas virtudes con las cuales todas las acciones de nuestra vida

deben ir mezcladas. Virtudes hay más excelentes, mas no por eso su uso será tan necesario. El azúcar es más excelente que la sal; mas la sal tiene más frecuente y general uso. Por esto se debe siempre tener buena y pronta provision destas virtudes generales, pues se ha de servir dellas casi de ordinario.

Entre los ejercicios de las virtudes debemos preferir aquel que es más conforme á nuestra obligacion, y no á nuestro gusto. Era el gusto de santa Paula el ejercitarse en la aspereza de las mortificaciones corporales, para gozar más fácilmente de los regalos espirituales; mas no por eso dejaba de tener más obligacion á la obediencia de sus superiores. Por esto san Jerónimo la tenia por digna de reprehension, viendo que, contra el parecer de su obispo, se ejercitaba en inmoderadas abstinencias. Al contrario, los apóstoles, que tenían cargo de predicar el Evangelio y distribuir á las almas el pan celeste, juzgaban que era indecente el embarazarse para este santo ejercicio por practicar la virtud del cuidado de los pobres, aunque de sí es tan excelente. Cada estado ha menester practicar alguna especial virtud. Unas son las virtudes de un prelado, otras las de un príncipe, otras las de un soldado, otras las de una mujer casada, y otras las de una viuda; y aunque todos estos deben tener todas las virtudes, no por eso deben todos practicarlas igualmente, sino que cada uno debe particularmente darse á las que se requieren al género de vida que pasa.

Entre las virtudes que no miran á nuestra obligacion particular debemos preferir las más excelentes, y no las más aparentes. Los cometas parecen ordinariamente más grandes que las estrellas, y ocupan mucho más lugar en nuestra vista; mas no por eso deben compararse ni en grandeza ni en calidad á las estrellas: ellos parecen grandes solo por cuanto están cerca de nosotros, y en

un sujeto más grosero en comparacion de las estrellas. De la misma manera hay ciertas virtudes, las cuales por estar cerca de nosotros, sensibles, ó por mejor decir materiales, son en extremo estimadas y preferidas siempre del vulgo. Así prefieren algunos comunmente la limosna temporal á la espiritual, el silicio al ayuno, la desnudez á la disciplina, y las mortificaciones del cuerpo á la dulzura, benignidad, modestia y otras mortificaciones del corazón. Escoge pues, Filotea, las mejores virtudes, y no las más estimadas; las más excelentes, y no las más aparentes; las mejores, y no las más bizarras.

A cualquiera es muy provechoso el escoger un ejercicio particular de alguna virtud, y esto no para dejar las otras, sino para mejor tener el espíritu ejercitado y ocupado. Una hermosa y jóven doncella más reluciente que el sol, vestida y ornada realmente, y coronada con una corona de oliva, apareció á san Juan, obispo de Alejandría, y le dijo: «Yo soy la hija mayor del Rey; si tú me puedes alcanzar por tu amiga, yo te llevaré delante su cara.» Conoció que era la misericordia para con los pobres la cual Dios le encomendaba; causa por qué despues se dió de manera al ejercicio desta virtud, que era llamado de todos san Juan el Limosnero. Eulogio Alejandrino, deseando hacer algun servicio particular á Dios, y no hallándose con bastante fuerza, ni para abrazar la vida solitaria ni para ponerse debajo la obediencia de otro, recogió consigo un pobre hombre en extremo leproso y llagado, para ejercitar con él la caridad y mortificacion; y para que pudiese conseguir esto mejor, hizo voto de honrarle, tratarle y servirle como un criado haría á su amo ó señor. Consintieron despues, así Eulogio como el leproso, en una tentacion, que era de apartarse el uno del otro; sobre lo cual aconsejándose con el gran san Antonio, les dijo: «Guardaos bien, hijos míos, de apartaros el uno del otro; porque hallándoos los dos cerca de vuestro fin, si el ángel no os halla juntos, correréis gran peligro de perder vuestras coronas.»

El rey san Luis visitaba (1) los hospitales, y servía los enfermos con sus propias manos. San Francisco amaba sobre todo á la pobreza, á la cual llamaba *su señora*; santo Domingo la predicacion, de la cual su orden ha tomado el nombre. San Gregorio el Magno se deleitaba en acariciar los peregrinos, á ejemplo del gran Abraham; y como él tambien en forma de peregrino recibió al mismo Rey de gloria. Tobías se ejercitaba en la caridad de amortajar los difuntos. Santa Isabel, con ser tan grande princesa, amaba sobre todo el menosprecio de sí misma. Santa Catalina de (2) Génova, luego que enviudó, se dedicó al servicio de un hospital. Casiano cuenta que una devota doncella, deseosa de ejercitarse en la virtud de paciencia, acudió á san Atanasio, el cual, á petición suya, la dió por compañera una pobre viuda, enojosa, colérica, enfadosa y insufrible; de cuya mala condicion perseguida la devota doncella, tenía no pequeña ocasion para practicar la apacibilidad y mansedumbre. Así entre los siervos de Dios los unos se dan á servir los enfermos, (3) los otros á procurar el adelantamiento de la doctrina cristiana, enseñándosela á los de tierna edad; los otros á encami-

nar é instruir las almas perdidas y descarriadas; los otros á adornar los templos y honrar los santos; y los otros á procurar la paz y concordia entre los hombres. En lo cual imitan á los bordadores, que sobre diversos fondos ponen con hermosa variedad las sedas, el oro y la plata para hacer todas suertes de flores; porque de la misma manera las almas piadosas que se emplean en algun particular ejercicio de devocion, se sirven del tal como de un fondo para su bordado espiritual, sobre el cual practican la variedad de todas las otras virtudes, teniendo desta suerte sus acciones y aficiones mejor unidas y pareadas; y esto por la conveniencia que tienen con su principal ejercicio, con que pueden decir que á su espíritu

En su vestido, de oro recamado,  
La aguja varias flores ha sembrado.

Cuando nos sentimos combatidos de algun vicio, nos conviene, quanto nos sea posible, abrazar la práctica de la virtud contraria, encaminando á esta las demás; porque por este medio venceremos nuestro enemigo, y no dejaremos de adelantarnos en todas las virtudes. Si yo me siento combatido de soberbia ó de cólera, conviene que en toda cosa me incline y vuelva al lado de la humildad y afabilidad, encaminando á este fin los otros ejercicios, como la oracion, los sacramentos, la prudencia, la constancia y la templanza: porque como los jabalís para aguzar los colmillos los aprietan y estriegan con los otros dientes, los cuales recíprocamente quedan afilados y agudos; así el hombre virtuoso, habiendo emprendido el perfeccionarse en la virtud de que tiene más necesidad para su defensa, la debe limar y afilar con el ejercicio de las otras virtudes. Las cuales afilando las otras, quedan todas más excelentes y mejor pulidas, como sucedió á Job, que ejercitándose particularmente en la paciencia contra tantas tentaciones como tuvo, se hizo perfectamente santo y virtuoso en toda suerte de virtudes. Y como dice san Gregorio Nazianceno, que por una sola accion de alguna virtud bien y perfectamente ejercitada, vino una persona á la cumbre de las demás virtudes; alegando á este propósito á Rahab, la cual, habiendo con puntualidad ejercitado el oficio de la hospitalidad, llegó á una gloria suprema. Y entiéndese esto cuando tal accion se ejercita con excelencia y fervor de caridad.

#### CAPITULO II.

Progreso del mismo discurso de la eleccion de las virtudes.

San Agustín dice excellentemente que los que comienzan en la devocion, cometen ciertas faltas, las cuales son dignas de reprehension segun el rigor de las leyes de perfeccion; y fuera desto, son dignas de alabanza por el buen presagio que dan de una futura excelencia de piedad, á la cual asimismo sirven de disposicion. El miedo, que es el que engendra los excesivos escrúpulos en las almas de los que nuevamente salen de las ligaduras del pecado, es una virtud importantísima en este principio, y presagio cierto de una futura pureza de conciencia; pero este mismo miedo seria digno de vituperio en los que están muy adelantados en la

(1) como si fuera asalariado para ello, (C-D.)

(2) Genes, (Edicion original.)

(3) otros á socorrer los pobres, (C-D.)